

Virgen de Guadalupe ilumina bastante bien á ambos, examinámoslos mas detenidamente.

Con razon habia causado tan profunda impresion en el ánimo de Gil Gomez la fisonomía noble del sacerdote.

Era Hidalgo un anciano que representaba tener mas de sesenta años, su frente y la parte anterior de su cabeza, desprovistas enteramente de pelo, estaban surcadas por esas huellas que dejan sobre algunos hombres extraordinarios, mas que el tiempo, el estudio y la meditacion, su tez era morena, pero estremadamente pálida, con esa palidez casi enfermiza que causan las vigiliass y las amarguras de la vida: sus ojos lanzaban miradas ardientes y profundas, que algo amortiguaban sin embargo, la melancolía y la benevolencia, su nariz recta, su boca pequeña con ese recogimiento particular hácia las comisuras que imprime la fruicion interior del alma: y aquel rostro todo tan severo, tan noble, tan profundamente pensador, por decirlo así, estaba inclinado sobre el pecho como si el peso de la reflexion ó del martirio de la existencia lo hubiese doblegado. Su estatura era mediana, delicada, pero vigorosa como si el espíritu le comunicase una parte de su energía y de su vida. Vestia modestamente una chupa de paño negro sencillo; un chaleco del mismo color se abotonaba gravemente sobre su pecho, unos calzones del mismo paño se continuaban con unas medias de lana negras, siguiendo severamente en el traje, la costumbre adoptada por todos los religiosos que pertenecian al clero pobre, que era la que el arzobispado habia establecido.

El capitan Don Juan Aldama era jóven toda-

vía, de fisonomía franca y espresiva, en la cual se leian á primera vista el valor, la firmeza, la resolucion, la franqueza y algo del orgullo del militar honrado. Su estatura era fuerte y vigorosa.

Vestia el uniforme de su grado en el regimiento de los dragones de la reina: pendia á su costado un sable algo pesado como entonces se usaba en el ejército de la Nueva España y un par de pistolas grandes llamadas entonces de *chispa*, de cañon amarillo, pedernal y llave, se ceñian á su cintura.

Luego que Hidalgo hubo cerrado la puerta, se acercó al capitan que se habia dejado caer abatido sobre un sillón, preguntándole con interés.

—Ahora que estamos solos, diga vd. por Dios ¿qué ha sucedido nuevamente.

—¿Me esperaba vd. acaso, Don Miguel? interrogó éste, puesto que aun está en vela á estas horas tan avanzadas.

—Escribia precisamente una carta á la corregidora Doña Josefa Ortiz, acerca de nuestro asunto; el capitan Don Ignacio Allende, que como vd. sabe ha llegado anoche, y ahora reposa en esa pieza inmediata, me ha informado de lo que ha pasado; pero diga vd., ¿qué es lo que ha sucedido nuevamente capitan?

—Que estamos perdidos, completamente perdidos, respondió éste con desconsuelo.

—¿Pues qué es lo que ha sucedido? interrogó Hidalgo con interés.

—La conspiracion de Querétaro ha sido descubierta.

—Ya lo sabia por el capitan Allende.

—Los hermanos Gonzales y la corregidora han sido reducidos á prision.

—¿Cuándo?

—Esta última ayer en la tarde.

—¿Y se ha descubierto algo más?

—La casa de Don Epigmeo Gonzales ha sido saqueada y se han encontrado en ella armas y unos papeles que ya sabe vd. lo que contienen.

—Todo nuestro plan, murmuró Hidalgo.

—Por consiguiente estamos perdidos completamente, el intendente Riaño ha dado una orden de prision para vd. y dentro de pocas horas deben llegar á este pueblo los soldados que vienen á ejecutarla.

—Pero vd., Don Juan, ¿cómo ha sabido todo esto?

—En su misma prision la corregidora ha ganado al alcaide Ignacio Perez, que ha corrido á avisarme lo que pasaba; me he puesto en camino inmediatamente, para venir á comunicar á vd. todo, y al anoecer he dejado atrás á los soldados del intendente, que no deben tardar mucho en llegar; habiendo sufrido un retardo de un cuarto de hora en combatir con ese jóven que estaba parado frente al curato y á quien he tomado antes de verle, por un espía.

—¡Oh! no, es demasiado jóven para eso, murmuró Hidalgo.

—Con que no hay ya tiempo que perder, Don Miguel, debe vd. huir precipitadamente antes que esos soldados lleguen, porque le espera indudablemente la muerte en Guanajuato. Allende y yo nos salvaremos como podamos.

Hidalgo se dejó caer abatido en un sillón, apoyando sobre la mesa sus codos que sostenian su cabeza: permaneció largo tiempo silencioso y preo-

cupado; por su noble frente y sus ojos cruzó un velo de amargura; gruesas gotas de sudor inundaron sus sienas como si la lucha que se efectuaba en su corazón, trabajase dolorosamente su organización.

—Derepente se puso de pié como impulsado por un resorte, irguió su abatida cabeza, su frente iluminada por la luz de una idea gigantesca se volvió al cielo, sus ojos se humedecieron por el entusiasmo, sus labios se abrieron por una sonrisa de superioridad y volviéndose á Aldama, que de pié en medio de la estancia habia observado con silencioso respeto aquella lucha terrible de su corazón retratada en su rostro, le dijo á media voz con un acento trémulo y conmovido.

—¡Oh! no se ha perdido todo completamente, por el contrario, esta noche se va á poner la primera piedra de un edificio gigantesco.

—¿Qué dice vd., Don Miguel?

—Digo que cuando los soldados del intendente lleguen, ya será tarde, porque el pueblo de Dolores habrá alzado un grito de libertad é independencia que les hará huir como medrosas aves.

—¿Pero con qué elementos, con qué fuerzas cuenta vd. para eso?

—¿Con qué elementos? con la idea que es el elemento, ¿con qué fuerzas? con nosotros dos y el capitán Allende, con Don Santos y ese jóven que ha venido á hospedarse aquí esta noche.

Aldama no pudo menos de sonreirse con disimulo, creyendo que la funesta noticia y la proximidad del peligro que le habia anunciado habian trastornado la razón del noble anciano.

Hidalgo comprendió lo que significaba el silen-

cio de Aldama, porque le preguntó con una triste conformidad:

—Capitan, ¿me ama vd. tanto como yo le he amado?

—Desde el dia que hablamos por la vez primera, he jurado serle á vd. un fiel amigo, y servirle leal hasta la muerte, respondió Aldama con entusiasta exaltacion,

—¿Desea vd. la felicidad de nuestra patria?

—Desde el momento que me he comprometido en esta conjuracion, he comprendido que debia morir muy pronto; pero he hecho gustoso el sacrificio de mi vida en las aras de la patria.

—¿Hará vd. lo que yo le diga esta noche?

—Lo haré, Don Miguel, aunque sepa que me precipito en un abismo espantoso.

—Bien, muy bien, mi leal amigo; acaso sea esta noche la última de nuestra vida, porque vamos á dar un paso que puede precipitarnos en ese abismo, aunque puede acaso conducirnos al templo de la libertad que hemos soñado.

Y los dos amigos se abrazaron en silencio contentiendo sus sollozos.

Era un espectáculo tierno y sublime á la vez ver estrecharse con los dulces lazos de la amistad á aquellos dos hombres que caracterizaban, uno la idea que piensa, otro la mano que ejecuta, uno la energia, otro el valor, uno la benevolencia del apóstol, otro la honradez del soldado.

Al cabo de un momento, Aldama interrumpió tan expresivo silencio diciendo:

—Está bien, ¿qué es lo que debo hacer yo? porque estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Primero ir á despertar á ese jóven y hacerle

venir á mi presencia para interrogarle y darle mis órdenes.

—¿Pero qué puede hacer ese jóven?

—Mucho, tal vez tanto como nosotros, porque parece muy activo muy emprendedor y muy valiente.

—Está bien, ¿y despues?

—Despues, nosotros reuniremos primero un número considerable de gente capaz de resistir á las fuerzas del intendente y obligarlas á seguir nuestra bandera, alarmaremos á todos los indios de la poblacion que se unirán á mí, y harán lo que les diga, estoy seguro, porque me aman y al amanecer nos dirigiremos á Celaya y de allí á Guanajuato.

—Pero Don Miguel, ahora que sabe vd. que no lo he de abandonar jamás, me atrevo á preguntarle ¿esta vd. acaso loco? ¿quiere vd. marchar sobre Guanajuato, cuando no contamos ni con un cañon, ni con un arcabuz, ni con una espada siquiera?

—Dios armará nuestro brazo, para defender la causa de la justicia, dijo el anciano alzando sus ojos al cielo con espresion de confianza y enternecimiento.

—Esta bien ¿debo despertar á Allende?

—Si, en esa pieza reposa, adviertale vd. capitan lo que pasó y lo que hemos pensado últimamente: él me ha hecho hace un momento, un juramento igual al que vd. mi leal amigo hacaba de hacer.

Aldama salió á ejecutar lo que se le mandaba.

—¡Oh! madre y señora mia, dijo Hidalgo dejándose caer de rodillas al pié de la imágen de Guadalupe, que condecoraba y amparaba aquella pobre estancia ¿quién sabe lo que va á pasar dentro de poco tiempo? tal vez va á realizarse ese pensamien-

to que hace tanto tiempo dormita en mi mente. Yo me amparo ¡madre mia! con vuestra proteccion y os juro no apartarme jamas de los santos preceptos de la justicia y la religion: comprendo que debo morir antes de ver felices á mis hermanos: pero entonces, aunque la calumnia ultraje mi memoria, vos ¡madre mia! que habeis visto mis dudas, mis temores y mis esperanzas, sabreis que mi intencion ha sido pura y me amparareis á la hora de la muerte. Yo os nombro patrona de la santa causa que proclamo.

Y el cura besó humildemente las plantas de la virgen de Guadalupe.

CAPITULO X.

De como fué interrumpido Gil Gomez en medio de su sueño, para contribuir sin saberlo á la Independencia de la Nueva-España.

Hacia solamente un cuarto de hora, que Gil Gomez, dormia aunque ya profundamente, comenzando á soñar que ya distinguia en el camino á Fernando, acompañado por el venerable sacerdote que con tanto cariño, le habia curado y dado hospitalidad y el bravo y franco capitán, que estuvo á pique de impedirle correr mas, cuando fué interrumpido en medio de su sueño, por éste, que le sacudia rudamente, diciéndole en alta voz.

—Ea jóven; fuerza es levantarse.

—¿Qué hay? murmuró Gil Gomez despertando sobresaltado á la voz de Aldama, ¿qué hay Fernan-

do? si vieras por alcanzarte de lo que he escapado hace poco.

—Que Fernando, ni que peligro, dijo sonriendo Aldama, vamos jóven acabe vd. de despertar.

—¡Ah! ¿es vd. capitán? dijo Gil Gomez, reconociendo la voz que le hablaba.

—Sí, yo soy, amigo mio, levántese vd. presto.

—¿Pues que es lo que pasa? preguntó el jóven sorprendido.

—El Sr. cura Don Miguel, necesita inmediatamente de sus servicios y me envia á rogarle á vd. que vaya sin pérdida de tiempo á su presencia.

—Voy inmediatamente dijo el jóven, abandonando sin sentimiento el lecho que acababa de brindarle un reposo tan fugitivo, y dirigiendose al cabo de un momento, que tardó en arreglarse, ante la presencia del cura.

Este meditaba con la cabeza entre las manos y de codos sobre la mesa; al ruido que produjo el jóven en la puerta, se levantó haciendole seña de acercarse.

Gil Gomez, se aproximó con tímido respeto al anciano,

—Jóven, dijo éste mirandolo fijamente á la cara con aquella mirada profunda y pensadora que hacia poco lo habia conmovido, va vd. á prestar en este momento un servicio eminente á la patria y á la causa de la justicia y la religion.

—No comprendo, murmuró el asombrado jóven.

—¿Lo hará vd. cuando yo se lo suplico?

—Lo haré, señor, si es que está en mi mano.

—Pero antes dígame vd. con franqueza ¿que habia, en medio de las calles á horas tan avanzadas de